

ber empleado los mejores años de su vida en servicio de la colonia. Su muerte fué objeto de universal dolor, y aun sus enemigos personales vieron rescatadas sus faltas juveniles con los actos de sus últimos años. La generación contemporánea tributó agradecimiento á aquel hombre, primer legislador del Río de la Plata y salvador de la conquista española, que no perdió por sus desaciertos, hijos más bien del sistema general que de su reforma, el puesto que tiene por derecho en el panteón de nuestros grandes varones.

CONFERENCIA IV

NOTICIAS DE LAS COLONIAS DESDE 1542 HASTA 1586.—TUCUMÁN: Anarquía en el Perú. Expediciones al territorio de Tucumán. Fundación de ciudades. Gobierno de Cabrera. Predicaciones de San Francisco Solano.—PARAGUAY: Nuño de Chaves. Gobierno de Ortiz de Zárate. Felipe Cáceres. Tenencia de Garay. Fundación de Santa Fe.—BUENOS AIRES: Fundación. Reparto. Comercio. Muerte de Garay.

I

SEÑORES:

Mientras que el esfuerzo de los expedicionarios del Plata extendía poco á poco el dominio español sobre el litoral del territorio argentino, impotente el Perú para calmar la ansiedad de sus conquistadores, desbordaba animosos aventureros sobre la provincia de Tucumán, en cuyo distrito indeterminado se abrazaba toda aquella porción de tierra no sujeta todavía al gobierno del Paraguay, y comprendidas desde las fron-

terras del Alto Perú hasta las orillas del río Paraná. Desde 1532 hasta 1550 tuvieron lugar tres expediciones, entre las cuales sólo la última fué coronada por el éxito. La primera se redujo á un viaje de curiosidad emprendido por cinco valerosos soldados del ejército, con el cual Francisco Pizarro, celoso del prestigio de su compañero Almagro, había enviado al fuerte aventurero á la conquista de Chile. Hallándose acampados en Tupiza, se desprendieron dichos soldados y bajaron hasta el territorio de Jujuy, donde pagaron caro su arrojo. Tres fueron despedazados por los indios; el resto volvió á su campamento llevando la noticia de este desastre, primer riego de sangre de la conquista del interior, vertida de pechos animosos, cuya incógnita no ha podido revelar la historia, como galardón de su martirio. Chaves y Salcedo fracasaron ante el valor de los jujeños, en la empresa de vengar á sus compañeros.—De esta expedición no es probable quedara sino un recuerdo enojoso, y el ardor de conquistar aquellos bárbaros indómitos. Al caer postrada en 1542 la facción de Almagro el joven, cuya cabeza rodó en el cadalso de los criminales políticos, Vaca de Castro recompensó los méritos y la fidelidad de Diego de Rojas, instituyéndolo conquistador y jefe de la provincia de Tucumán, donde pasó al frente de trescientos soldados, con la intrepidez que ilustró su nombre durante la larga lucha del imperio de los Incas, y cuya extraordinaria aureola no es posible arrancar de la frente de sus vigorosos contemporáneos y her-

manos de aventura. La muerte del guerrero le recibió temprano en el suelo que debía someter á las banderas castellanas. Mocasax fué el teatro de su primero y último combate en Tucumán. Don Francisco de Mendoza fué designado por el ilustre capitán para ocupar el puesto que su muerte dejaba vacante al frente de la expedición. Felipe Gutiérrez y Nicolás Heredia, sus competidores, no disimularon la herida que les abría la elevación de su rival, pero Mendoza se aseguró contra la anarquía con la prisión de ambos, que escaparon, el uno por la fuga hacia el Perú, y Heredia por falsos juramentos de fidelidad. La política del siglo XVI constituía el perjurio en un resorte lícito, del cual echaban mano los caracteres más conspicuos y celosos de su propio renombre. Entretanto, el Río de la Plata, imán fabuloso para el corazón avaro del conquistador, atraía los aventureros. Mendoza se dirigió hacia estas regiones y llegó hasta las ruinas del antiguo fuerte de Gaboto. Persuadido de la imposibilidad de subir hasta la Asunción, volvió hacia Tucumán, en cuyo camino murió, asesinado por el traidor Heredia, que tuvo que regresar al Perú, como lo verificó por la turbulenta anarquía de sus soldados, sin que en seis años más, tornara el conquistador á poner su pie en la vasta provincia, ensangrentada ya por el martirio y la inicua villanía de ambiciosos anarquistas. Menos noble, sin duda, fué el segundo conquistador de Tucumán. Faccionario de Gonzalo Pizarro, vengador de su hermano,

que sucumbió bajo la fatal estrella de los grandes capitanes de América, Juan Núñez de Prado vendió cobardemente á sus partidarios en el sangriento combate de Apurímac, en que fueron vencidos por los realistas. El hábil presidente Gasca, diseminó en nuevas conquistas á los más peligrosos entre los aventureros, cabiéndole en suerte la de Tucumán al traidor de Apurímac. La expedición de Prado sólo contaba con 84 soldados, que entraron en Tucumán corriendo el año 1550. El primer paso de Prado fué una victoria, el segundo una cobardía y el tercero una desgracia. Consiguió desde luego subordinar á sus intereses las parcialidades de Calchaquí y fundó cerca de la sierra la ciudad del Barco; cedió más tarde á las usurpaciones de Villagra, delegado de Valdivia, para conquistar el Tucumán, bajo la dependencia del gobierno de Chile, y por último, fué privado de la mínima parte que por su capitulación con el usurpador le restaba en el país, y enviado á Chile como reo de mentidos delitos. Francisco Aguirre, agente de la violencia de Valdivia, lo subrogó en el mando. En 1553 trasladó la ciudad del Barco, á las orillas del Río Dulce, designándola con el nombre de Santiago del Estero, que conserva hasta hoy, si bien generalizado á una de las provincias en que se fraccionó el antiguo Tucumán.—Su gobierno se estrenó con el reparto de 47.000 indios, cuya desgracia enajenó las voluntades de las tribus vecinas, aun las que se habían sometido á la prudencia de Prado, obligándole al traslado

de población, que acabo de indicar; se señaló con rasgos inauditos de despotismo, y tuvo término por la revolución, que en 1554 lo arrojó de la provincia, siendo sustituido por Juan Gregorio Bazán. Aguirre encontró pretexto plausible para retirarse de Tucumán en el alzamiento de los araucanos, llamados á su heroica resistencia por la varonil iniciativa de Lautaro, cuya alma fué la fibra de aquella guerra terrible y bárbara, que el aventurero Ercilla cantó en su famoso poema épico de nuestra edad de hierro. Bazán hubo de declararse vencido ante los escollos de la conquista y la anarquía de los conquistadores. Estimulado, no obstante, por los preceptos del honor, conservóse decorosamente al frente del gobierno, y alcanzó la gloria estéril de combates sin trascendencia, venciendo en distintas oportunidades algunas tribus rebeldes, cuyo sometimiento momentáneo no garantía la paz para lo venidero. Aguirre, entre tanto, envió á su sobrino don Rodrigo, con refuerzos y la tenencia de la provincia. Á los pocos meses de su llegada fué derribado del alto puesto que ocupaba, y subrogado por Miguel de Ardiles, á quien levantaron los partidarios de Prado. La anarquía había estallado sin rubor por la honra del pabellón, que desgarraban con las armas que debían mantener su lustre, y sin cuenta á lo menos, del interés común, que los llamaba á la unidad de pensamiento y de acción, sacerdotes de la fuerza, que luchaban contra el instinto vital de una raza belicosa y viril.—Lo

mismo que en el Río de la Plata, como expuse en mi conferencia anterior, los conquistadores carecían en Tucumán de los elementos pacíficos, que introducen en las sociedades cultas las artes de la industria y del comercio, ó el alto ideal de los grandes principios cuando dominan con toda la soberanía de su pureza.—Con el alma envilecida bajo la sevicia de la ignorancia; sin más ley que la de su estúpido egoísmo; frenéticos y orgullosos con sus errores, que eran su vergüenza, dejábanse arrebatar por el torrente de las pasiones, que esclavizando la conciencia, degradan el carácter y perturban en su esencia misma las condiciones primordiales de la sociabilidad. Brazo de hierro gobernado por una cabeza, que encerraba las tinieblas, como el Erebo de la mitología antigua, el conquistador no leía en el porvenir, ni se revelaba en su alma la frase viva, que la justicia levanta como una creación luminosa en el espíritu del hombre culto, y se estampa en su frente como la bandera de la conciencia. Vivían del día y de la pasión estrecha, entregándose al vaivén de sus odios con peligro del honor nacional, que encarnaban en América.—Bajo el breve gobierno de Ardiles, las facciones victoriosas de consuno contra el principio de legalidad, no descansaron en sus recíprocos combates, hasta que en 1558, don García Hurtado de Mendoza, á la sazón gobernador de Chile, envió á Juan Pérez Zurita á hacerse cargo de la provincia de Tucumán. En honor de Felipe II, que acababa de contraer

matrimonio con la reina María, llamó á la provincia *Nueva Inglaterra*, nombre que perdió después; fundó á Londres, Cañete y Córdoba de Calchaquí, y durante todo el año de 1559 sostuvo guerras sangrientas contra los indios. En 1560 fué desmembrada la provincia del gobierno de Chile. Zurita estaba adornado con un carácter moral, que destella más vivamente por la espantosa corrupción en cuyo centro floreció. Adornábanle, además, otras dotes no comunes en sus compañeros. Al ver el decidido empeño con que desde el primer día de su gobierno se aplicó á levantar poblaciones, se inclina el historiador á simpatizar con aquel hombre, que ponía la mano en el resorte mismo de la conquista, cuyo porvenir aventuraban los que, satisfechos con ensangrentarse en correrías desacertadas, no cuidaban de crear centros de civilización y baluartes en que pudiera apoyarse el ejercicio de los medios violentos de que se valían.—Los colonos de Londres fueron los primeros en sacudir el yugo á que los sujetaba el severo gobernador. Reprimidos con una dureza inesperada en su carácter, pidieron socorro á Villagra, que por entonces gobernaba en Chile, y éste envió con fuerza armada á Gregorio Castañeda, que sorprendió á Zurita, ocupado en fundar la ciudad de Nieva en Jujuy, y con maña traidora se apoderó de su persona, ocupando enseguida su puesto con aplausos de los facciosos que lo aclamaba como su libertador. Esto ocurría en 1561. El período que abarca la historia de aquella des-

venturada colonia, hasta fines de la década abierta con una rebelión criminal, es, señores, un drama de sangre, cruel y vergonzoso, en que ninguna otra cosa descuella capaz de excitar la admiración de la posteridad, á no ser el heroísmo desplegado en la lucha de parte de los bárbaros. Combatían, es cierto, con fuerzas desiguales. Es verdad también, que el conquistador no les cede la palma en el nervio con que arrostra los peligros y desafía las fatigas; pero permitidme afirmar que nuestros padres, los hombres de la civilización, pierden frecuentemente la corona del héroe, cuando sólo la obtienen por el ejercicio de la fuerza, mas no por la de la virtud. Imprevisores en política y esclavos de ignominiosas pasiones, prostituían la civilización arrojándola al nivel de la barbarie. Ni la crueldad, ni el helado egoísmo fueron extraños á la índole extravagante de aquella caballería en ruinas. La poesía del Cid vino á extinguirse ahogada en el alma del duro conquistador, que no encerraba, como el alma de Hernán Cortés, la chispa de la epopeya ni el diapasón de los cantares del bardo.—De vuelta de la batalla en que vencían la barbarie, se regocijaban en despedazarse entre sí, holocausto brutal, que ofrecían en agradecimiento á los genios infernales de la guerra.—En los años transcurridos desde el 1561 á 1565, la falta de pujante iniciativa á que los obligaba la discordia, puso esta fuerza, que no debieron ceder en manos de la barbarie.—Cayeron una por una las

ciudades levantadas como escalones de la conquista, y hubieron de devorar la ignominia de entregar al enemigo sus propios hogares, fundados á costa de su sangre. Hacia 1564 la provincia de Tucumán había quedado reducida á la ciudad de Santiago.—El estrépito de la tormenta, desenlazada con tan horrendo cataclismo resuena aun en los horizontes del pasado, con la severa elocuencia del infortunio, que fué la cuna de todas las sociedades hispano americanas, y sus detalles de vigoroso temple dramático palpitan en las crónicas contemporáneas.

En una escarpada meseta de la sierra se ocultaba el pueblecillo llamado Deteicum, que sirvió de refugio á los indios de Silípica, después de una jornada sangrienta en que fueron vencidos por las armas del capitán Castañeda.—Sus compatriotas dieron hospedaje á los vencidos, y se apercibieron á la defensa.—Era Deteicum el postrer baluarte de una parcialidad brava é indómita, que venía á jugar la última gota de su sangre contra la soberanía de su libertad. La noche había llegado. Los defensores de Deteicum habían alejado á las mujeres, los niños y los ancianos, temerosos del sacrificio del débil. El padre estaba en la brecha, esperando con la luz del día, la vida ó la muerte que le deparara el destino. El campo español aguardaba á la vez con el reposo inquieto y el silencio tumultuoso de la incertidumbre, crítico carácter de esas horas, en que los labios callan y los ojos duermen, pero resuena el corazón en el fondo del pecho,

como la rueda inexorable, que desenvuelve los tiempos sobre la vaga indolencia del letargo.—Llega por fin la aurora, y sus brisas impregnadas de vitalidad, aligeran el brazo y robustecen el ánimo de los guerreros, ardientes de coraje al enfrentarse en el campo de la sangre. Dos rocas arrojadas una contra otra, por la fuerza concentrada del volcán, no se chocan con más fatal violencia, ni retumban con más pavoroso estrépito, ni se rechazan con mayor impulso repulsivo, que aquellos hombres que defienden su última esperanza. Ciegos de furor se aprestan á la segunda embestida con su táctica tumultuosa, cuando un espectáculo sin ejemplo, viene á torcer el curso del combate.—Los niños garantidos del peligro al lado de sus madres, han abandonado el refugio que les deparó la providencia paternal, y en grupos que rasgan el aire con los gritos de su coraje incauto, se atraviesan frenéticos entre ambos bandos, dispuestos á recibir los primeros el empuje del enemigo. El coraje de los bárbaros se detiene ante la idea de aceptar aquel sacrificio de sus hijos inocentes y débiles; se detiene á su vez el sable del español, levantado sobre la inerme cabeza de los niños, y la plaza, impotente para arrostrar el martirio que se le ofrece como prenda de salvación, se entrega en poder del conquistador.—Entre la esclavitud y la muerte, el salvaje prefirió la muerte; mas entre la esclavitud y el martirio de su hijo, prefirió la esclavitud, y dobla el cuello bajo el yugo, dejando en la historia con su derrota, el resplandor de la más noble

y de la más santa de las victorias: la victoria del amor.

El estado ruinoso del Tucumán obligó al virrey del Perú ⁽¹⁾ á enviar de nuevo por gobernador á Francisco de Aguirre, de cuyas aptitudes esperaba grandes progresos para la provincia. Gaspar Medina fué encargado de reclutar tropas en Chile, con cuyo esfuerzo Aguirre y su teniente Villaroel, renovaron la guerra de Calchaquí, y en 1565 fundaron la ciudad de San Miguel, trasladada poco después al sitio, en que se conserva hasta hoy, condecorada por el glorioso recuerdo del Congreso de 1816, cuya animosa declaración de la independencia dió nervio y salvó la revolución patria casi ahogada por la anarquía y resistencia del poder colonial. Los indios repartidos en San Miguel subieron hasta 10.000.—En seguida de la expedición contra los comechingones de Córdoba, inició Aguirre una aventura en busca de la ciudad de los Césares, fabulosa y opulenta población, hija de los sueños de avaricia, que se prestaban por entonces á dar realidad y crédito á cuanto podía halagarlos. Sus tropas fatigadas se sublevaron, y en 1566 fué enviado á Charcas bajo prisión. Medina se ocultó en las tierras de Conso. Entonces los amotinados fundaron la ciudad de Esteco (1567), cuyos indios fueron encomendados á 40 pobladores, que iniciaron una activa vida in-

(1) La independencia de Tucumán, con respecto á Chile, fué sancionada por Felipe II, en cédula de 29 de Agosto de 1563.

dustrial, explotando el trabajo de sus siervos. Esteco llegó á un alto grado de prosperidad mercantil por sus tratos con los opulentos peruanos; sufrió varias transformaciones; cambió su nombre por el de Nuestra Señora de Talavera, durante el gobierno de Pacheco; oyó las predicciones de San Francisco Solano; pasó por una época de dolorosa decadencia, y nacida sobre un crimen, desapareció en una catástrofe horrenda, en el terremoto de 1692.—Ni la reacción de Medina contra los amotinados de 1566, ni los pacíficos gobiernos que le sucedieron, incluso el de Aguirre, revisten mayor importancia para nuestros estudios. Bazán, nombrado teniente del gobernador Pacheco en 1567 fomentó á Esteco, antemural de la conquista del interior contra los desbordes del Chaco y emprendió una estéril expedición á través de sus bosques hasta las riberas del Paraná, llevada á cabo con extraordinaria energía. El propósito de aquellos que entre los conquistadores de Tucumán reflexionaban seriamente en el porvenir de la colonia, era abrir comunicación hacia los pueblos del litoral, y empeñado en él el gobernador Pacheco, fué interrumpido en sus proyectos por la vuelta de Aguirre. Hacia 1570 dejó este el poder á don Diego de Arana, que gobernó hasta 1572, en que tomó posesión de la silla don Jerónimo Luis de Cabrera. Inició este su gobierno fundando el 6 de Julio de 1573, la ciudad de Córdoba la llana, ilustre en la historia de la civilización argentina, por haber sido asiento de nuestra primera universidad,

debida al celo ilustrado del obispo Trejo en 1613, y del famoso colegio de Monserrat, establecido en 1686 por el célebre sacerdote cordobés doctor don Ignacio Duarte.—Cabrera extendió sus conquistas por una ancha zona de territorio, cautivando á la vez el amor de las poblaciones, merced á su carácter caballeresco, y en sus empresas hacia el litoral se chocó con la expedición que á las órdenes del ilustre general Garay, acababa de fundar la ciudad de Santa Fe en el Paraná. La altura moral de ambos personajes puso la competencia de jurisdicción que entablaron, bajo el arbitrio legal de los tribunales superiores, y Cabrera regresó á Córdoba, donde meditaba nuevas expediciones, cuando recibió por sucesor á don Gonzalo de Abreu, mandatario á quien el doctor Funes ha retratado llamándolo «tirano á prueba de los más vivos remordimientos». Abreu gobernó con la violencia y el terror. El noble aventurero, cuyo puesto ocupaba, cayó bajo sus iras, y fué decapitado en Santiago del Estero en 1574. Todos los horrores y demasías, de cuyo espectáculo veíase felizmente libre la provincia, fueron renovados en aquella época de dolor, y en 1578, estalló una revolución en San Miguel promovida por los indios yanaconas, cuyo espíritu cancerado por la inicua esclavitud que los envilecía y torturaba, los levantó reclamando venganza, y pusieron fuego á la ciudad en las altas horas de la noche. Gracias al coraje y decisión de Medina, teniente de la ciudad, pudo ponerse término al

estrageo, no sin pérdidas tanto mayores y de más difícil reparación, si se atiende á las miserias de aquellas aldeas, compuestas de pocas docenas de rústicos señores y algunos centenares de esclavos bárbaros y en latente, pero perdurable rebelión. —Para que no faltara á la posteridad ningún reproche que lanzar sobre su memoria, el sangriento Abreu fué también visionario. La última carrera de lágrimas que obligó á sus subordinados á recoger fué la expedición hacia la Patagonia septentrional, que inició en 1578 en busca de la ciudad de los Césares. Sus opulentos tesoros, el misterio que envolvía aquella creación de fantasías sólo activas por el estímulo de la avaricia, los lanzó en los campos del delirio. Extenuados de fatigas y torturados por el desengaño volvieron los expedicionarios muchos meses después á reposar en el peligro. El duro cetro de Abreu pasó en 1580 á su digno sucesor Lerma, después de haber cerrado la época de su gobierno, apretando sobre la cerviz de los indios la coyunda del servicio personal más duramente que hasta entonces. Lerma vengó al pueblo contra Abreu, pero no desplegó menos crueldad que el tirano. Gobernó hasta 1584, y dos años antes se fundó bajo su nombre la ciudad de Salta, ilustre también en los fastos argentinos por haber sido teatro de una de las primeras glorias militares de la revolución. —En 1584 fué preso por orden de la audiencia de Charcas. El gobierno subsiguiente de Juan Ramírez de Velazco, es notable por algunas guerras que en

su largo período sostuvieron los españoles contra los indios, así como por la fundación de Jujuy y de Madrid en 1592 y la de La Rioja en 1595; pero principalmente por las predicaciones á la sazón comenzadas entre los infieles. —Más de cuarenta años habían transcurrido desde que los pocos compañeros de Prado pisaron el territorio de Tucumán; y la ligera reseña, que acabo de hacerlos, puede revelaros cuán duras adversidades pesaron sobre la naciente colonia, estampando sus rastros de fuego sobre los pueblos hijos del infortunio. —El espíritu de la conquista en Tucumán es idéntico al que reviste en el Río de la Plata. —El servicio personal, aprendido de las instituciones españolas del Perú, es la prenda de las victorias y el fundamento de la sociabilidad tucumana, difundida, como en todo el continente, por medio de las fuerzas ciegas de la violencia, empleadas preferentemente á los recursos suaves é ilustrados de la propaganda y de la industria. —Aquellos hombres que se apellidaban civilizadores y apóstoles del Evangelio, no realizaron una empresa, no introdujeron una institución, ni una costumbre, cuya directa consecuencia fuera otra sino alejar á los salvajes de la sociedad; porque en sus puertas les aguardaba el yugo de ignominia, y retraerlos del Evangelio, cuyas nociones no entendían, y cuya profesión, al paso que los sometían por la coerción de la moral á todas las privaciones y sacrificios de la ley cristiana, remachaba en sus brazos la cadena de la encomienda.